

Palabras pronunciadas por Francisco Alba en la ceremonia de entrega del Premio Nacional de Demografía 1991, el día 27 de agosto de 1993, en el Salón Verde de la Secretaría de Gobernación

Es un gran honor el ser galardonado con el Premio Nacional de Demografía. Me distingue la presencia en este salón de quienes en el pasado merecidamente lo han ganado: Gustavo Cabrera Acevedo y Raúl Benítez Zenteno. Me distingue también recibir el premio de manos del licenciado Patrocinio González Garrido, de quien depende en forma importante la conducción de la política demográfica en estos momentos de trascendentes reformas y cambios en el país.

Considero que la política demográfica de los años setenta es una de las primeras reformas frente a las nuevas realidades del país. Ciertamente, el acelerado crecimiento demográfico del medio siglo que antecede al año de 1973 fue producto de benéficas transformaciones económicas y sociales, de apremiantes orientaciones nacionalistas y de enraizadas valoraciones culturales. Sin embargo, la multiplicación de la población mexicana se ha convertido en una potente fuerza recóndita que deja sentir su peso y efecto en la organización social mexicana. Hablar de reformas es hablar de mundos por construir, orientados por un elemento promisorio que libera energías y alienta expectativas.

Pero con las promesas vienen también las incógnitas sobre la forma que adquirirá la sociedad futura. Una de las responsabilidades del analista, del investigador, del científico o del político es la búsqueda de señales e indicios de ese futuro que ya se encierra en el presente. Para el cumplimiento de esta responsabilidad, la demografía se revela una herramienta indispensable. Herramienta analítica que explora las leyes del movimiento de las poblaciones humanas, la demografía es también, por extensión, una perspectiva propia acerca de múltiples cuestiones económicas y sociales que afectan y definen el comportamiento de las sociedades.

La reforma demográfica emprendida está logrando sus objetivos: el ritmo de crecimiento de la población se ha moderado; sin embargo, yo lo calificaría todavía de muy elevado. Nuestro crecimiento se encuentra por encima del promedio mundial y próximo al del grupo de países llamados en desarrollo. Así, en los años que faltan para el inicio del nuevo milenio, la población mexicana aumentará en una cantidad semejante a la del total de la población nacional a principios del siglo XX: 13 millones de habitantes. El

futuro de México pende todavía en forma importante de su pasado demográfico y de la trayectoria que siga su proceso de transición hacia un régimen moderno de bajo crecimiento. Se está aún lejos de alcanzar la estabilidad demográfica, que en mi opinión es ya una opción futura aceptable para México.

Siendo ello así, indudablemente se requiere alentar el análisis y la perspectiva demográfica para establecer un diagnóstico adecuado de nuestras grandes cuestiones nacionales e informar el proceso de toma de decisiones públicas. Muchos de los grandes retos del país se ven reflejados en tres cuestiones íntimamente compenetradas con el factor demográfico: la estabilidad de la población, los movimientos migratorios y el mercado de trabajo. Permítaseme comentar estas tres cuestiones interrelacionadas entre sí, pues considero que, sin un acercamiento a la estabilidad demográfica, difícilmente se encuentran acomodos tolerables y acuerdos duraderos para las cuestiones migratorias y laborales.

Acerca de la estabilidad de la población

Nuevas formas de organización y cooperación sociales deberán surgir para alcanzar, por una parte, comportamientos reproductivos próximos al remplazo generacional y, por otra, para adaptarnos creativamente a una realidad demográfica más estable. Lenta, pero de manera inexorable, la población mexicana dejará de ser una población de jóvenes para convertirse en una población de adultos con una importante composición de ancianos, eventualmente. Sin embargo, conviene enfatizar que la población mexicana es todavía eminentemente una población de jóvenes, siendo 25 años la edad promedio en el nivel nacional.

Las reformas y los cambios institucionales para la estabilidad demográfica tienen dos vertientes: la relacionada con el cambio de valores, actitudes y voluntades y la correspondiente al cambio de las condiciones y estructuras económicas, sociales y políticas. En la primera, la familia será el ámbito de profundas transformaciones. En la segunda, la sociedad deberá crear una infraestructura de igualdad de oportunidades, como medio para superar la pobreza, la ignorancia y la insalubridad. La meta es romper círculos viciosos sustituyéndolos por otros que suavicen la fuerza de nuestra actual demografía.

De todos es conocido que el mundo entra en una nueva era. La sociedad de la información, el intercambio intenso de bienes materiales intangibles, las nuevas tecnologías de las comunica-

ciones y el transporte, todo vuelve tenue la tradicional línea divisoria entre los asuntos internos y los “exteriores”. El país saca las conclusiones y adopta las decisiones pertinentes de la lectura y la apreciación que se tienen acerca de la inevitabilidad de los fenómenos de globalización y transnacionalización —de la economía, de la cultura e, incluso, de la política. Las decisiones no son fáciles ni están libres de costo. Con la apertura, México afronta los retos de una mayor movilidad de la población y de un reacomodo en sus mercados laborales.

Acerca de los movimientos migratorios

La movilidad, interna y externa, de la población mexicana no tiene visos de ser frenada. La apertura económica no permite que se sueñe (como en el pasado) con retener a la población en un campo que sólo permite una subsistencia precaria, o en pueblos sin esperanza. Admiro el coraje de la decisión de abrirnos, no obstante que formidables desplazamientos de población terminarán por conformar un nuevo sistema urbano en el país y continuarán alimentando a la comunidad mexicana en el exterior, que no en el exilio.

Dado que no es previsible contemplar en un horizonte temporal relevante un sensible abatimiento de las presiones migratorias hacia Estados Unidos, la conexión mexicana en ese país deberá ser atendida alentando sus vínculos con la población mexicana en el territorio nacional. Esta parte mexicana en el exterior se topa con un escenario mundial turbulento, pues no todos los elementos del emergente nuevo orden mundial son promisorios para la movilidad de las personas.

Sin ánimo alarmista pero atento, vemos continuas manifestaciones de racismo y tribalismo, de discriminación y repudio a lo diferente, a lo extranjero; manifestaciones interpretadas por muchos analistas con gran aprehensión. Que está finalizando una era, no cabe duda; pero existen múltiples interrogantes sobre el carácter de la que le seguirá. Para algunos observadores es el fin de la historia; para otros, es el fin de las ideologías, seguido por un renacer del enfrentamiento entre civilizaciones. En un mundo que se hace cada día más pequeño, las sociedades se debaten entre el nacionalismo y el globalismo, al tiempo que nuevas tensiones, de carácter cultural, religioso o étnico se añaden y confunden con las tensiones derivadas de la interacción creciente en los campos del desarrollo económico y la modernización de las sociedades.

En este escenario mundial, la historia mexicana es rica. Nuestra realidad de población extendida más allá de nuestras fronteras nos aconseja mantener una apertura cuidadosa, pero generosa, para aquellos que deseen integrarse en el país. No obstante que la nuestra es una historia de tensiones, la amalgama de razas y culturas conforma una unidad que acepta los principios de la diversidad. Nuestra experiencia está inacabada, pero, después de todo, el nuestro es un ejercicio de “raza cósmica”, como lo conceptualizó un ilustre mexicano.

Acerca del mercado de trabajo mexicano

Tres fuerzas poderosas confluyen en el mercado de trabajo mexicano: la demográfica, la de un cambio tecnológico rápido y revolucionario y la de la competencia transnacional. No hay escapatoria ante ninguna de estas fuerzas y así lo ha entendido México. A partir de esta realidad, el juego de los equilibrios —entre eficiencia económica y reclamaciones sociales— se vuelve muy delicado. Soy optimista respecto a la solución final; pero menos optimista sobre nuestra habilidad para no incurrir en costos sociales innecesarios. La época de la revolución industrial fue una de destrucción que dio lugar a un nuevo orden social. La era actual de la globalización no parece ser diferente. En tiempos de grandes cambios, sobre todo tecnológicos y de organización social, surge el temor de que la tecnología y la maquinaria institucional se vuelvan contra sus propios creadores, exacerbando el conflicto social.

La aceptación mexicana del reto que representa competir con el exterior obliga a abandonar nuestra tradicional concepción simplista del recurso humano como mera masa laboral. La población no es una ventaja competitiva si no es potenciada, si no se la transforma. Desde esta perspectiva, la endémica subutilización laboral es, en parte, producto de la insuficiente formación y calificación del recurso humano. En este sentido, la reestructuración y la reforma del sistema económico se están obteniendo con cuantiosos costos sociales imputables a la falta de visión y previsión del pasado. Hablar, en la actualidad, de abundancia laboral en general y de bajo costo de la mano de obra como ventajas competitivas es sólo reconocer que se llega al final del siglo XX sin la requerida preparación del capital humano.

En un mundo globalizado, es impostergable superar las actuales limitaciones a una incorporación laboral altamente productiva, mediante una transformación de nuestras instituciones de educación y capacitación para el trabajo. No se trata sólo de

hacer operativa una visión “instrumentalista” para la grandeza de la nación; se trata de crear un “entorno” que incentive y recompense la calificación del recurso humano. Se trata de convertir las instancias de superación individual en instituciones liberadoras de la servidumbre humana, ya que la mayor violencia que se le puede infligir al ser humano es dejarlo en la pobreza privándolo de oportunidades para superarla.

Sin embargo, la filosofía política de la igualdad de oportunidades no resuelve las tensiones que se ciernen sobre el mercado de trabajo. El proceso hacia una mayor eficiencia económica y mejores empleos para todos enfrenta a la sociedad con dilemas intertemporales prácticamente irresolubles, pues con frecuencia las recompensas y frutos del proceso se aplazan en el tiempo de manera diferente para los distintos factores de la producción. Permítaseme decirlo de esta manera. Estoy por la apertura y la libertad comerciales, estoy por una industria competitiva; sin embargo, lo anterior se pone en riesgo si el cambio no beneficia a la masa de la población. No se puede olvidar que el mercado laboral es también una institución social, imbuida de sus propias preocupaciones y nociones de lo justo.

Las cuestiones nacionales mencionadas, estrechamente vinculadas con nuestro pasado demográfico y con las modalidades de superación del mismo, no permiten que los agentes sociales respondan a la mitad del camino de la construcción del México futuro. No creo aventurado afirmar que la tarea futura se avizora ardua. Reformas adicionales deben sumarse a las ya emprendidas para responder a un escenario social que exige cada vez más.

A los requerimientos del pasado se añaden nuevos anhelos y expectativas, al hacer la sociedad suya la reclamación de conservar las particularidades y la diversidad cultural de sus miembros, así como la de preservar el medio ambiente físico en que se sustenta todo crecimiento económico. Las instituciones enfrentan renovados retos para armonizar lo local y lo regional con las fuerzas de la globalización; para avenir los derechos individuales y los sociales, los intereses públicos y los privados, y para abrir espacios a una mayor participación y a un mejor ejercicio de los derechos cívicos. No hay, desde luego, reformas fáciles ni soluciones inmediatas. Se requiere visión y entereza para acelerar el tránsito de nuestra sociedad hacia el desarrollo y la modernización.

El galardón que hoy recibo me deja en deuda con la sociedad.

